

## DE LA OMAÑA Y SUS HIJOS

Por Florentino-Agustín Díez

NM PP93

## DE LA OMAÑA Y SUS HIJOS

*Los Ayuntamientos de Murias de Paredes, Valdesamario y Riello, que componen la famosa comarca de Omaña, rindieron un cálido homenaje de admiración y nombraron Hijos Predilectos a los ilustres Agustinos PP. Luciano y Samuel Rubio Calzón, hermanos, naturales del pueblo omañés de Posada de Omaña, en el Valle Gordo. Los actos, precedidos de vísperas de alta música sacra en León, tuvieron lugar en Posada, el día 25 de julio del presente año. Allí estuvo también, presente, viva y enamorada, la palabra de un leonés tan conocido como Florentino-Agustín Díez, que como leonés cumple siempre. He aquí un canto a Omaña y a sus hijos.*

Cuando don Baudilio Tomé, nuestro ilustre amigo y Diputado, que tanto entusiasmo ha puesto en la celebración que aquí nos reúne, me brindó el honor de hablar en la misma, confieso que me sentí halagado, aunque también perplejo ante la admirable personalidad de los hermanos Rubio Calzón, que centran esta entrañable solemnidad al recibir el homenaje de sus paisanos.

Ocasiones como la presente, que afortunadamente se van repitiendo en nuestras montañas, tan ricas en hijos de singular valía, nos estimulan a conocer y recordar virtudes de esta comarca leonesa de Omaña, tan definida por el río de su nombre, que aquí, en el Valle Gordo, marca sus primeros pasos llenos de evocación y promesa. Aquí, junto a sus aguas claras y sus brisas puras, se abre una gran cita de historia, que es preciso investigar y ordenar; de nobles tradiciones, cuyo encanto pelagra; de afirmación de identidades robustas que malos vientos erosionan; de amplia convocatoria hacia un futuro, en cuyos secretos debiéramos saber penetrar y orientarnos, sin perder el secular apoyo de muy ricas herencias y mandamientos.

Una comarca singular esta de Omaña que está reclamando su LIBRO DE ORO, no para estampar en sus páginas protocolarias unas firmas más o menos ilustres bajo fáciles ditirambos de ocasión, sino para acoger en otras páginas, más fieles y sinceras, un estudio profundo, ilusionado, de lo mucho, bueno y ejemplar, del ayer y del hoy, que estas montañas guardan, en las que su misma austeridad y firmeza están pregonando su belleza, la magnitud de sus cumbres, la dulzura de sus valles, la estampa humilde, suave y serena y siempre maternal, de sus aldeas, la pureza de sus costumbres, la hombría de bien de sus gentes, la siembra jugosa de sus vocaciones, y el alerta de su fe que siempre canta y confiesa el grito vertical de sus torres de espadaña.

Pero cuando hace un par de años comprobábamos que alguno de los pueblos del Valle Gordo, como Villaverde, se quedaba con sólo tres vecinos cabezas de familia y los demás acusaban el tremendo vacío de sus juventudes, y que incluso los mayores, como Cirujales, Barrio de la Puente y Fasgar, solamente registraban de veinte a veinticinco familias, volvía a dolernos en el alma aquella elegía que iba llorando la copla:

*Por los montes de León  
va el cancionero llorando,  
llorando de no encontrar  
lo que le falta a su canto...*

Era el "Romance de la aldea que muere". Ciertamente, la contemplación de estos pueblecitos de Omaña, como tantos otros de nuestro mundo rural, perdiendo juventud y así perdiendo la vida, hacían brotar, como un sollozo, los versos doloridos que lamentaban el fin o lo presentían:

*Ya está la cabaña hundida,  
ya la noche está bajando,  
ya está la vida clavada;  
pesa el alma como un fardo  
de inertes plomos traídos  
por vientos huracanados  
que dan al mirar tristeza  
y a los andares cansancio...*

Era el olvido injusto, la desolación que iba consumiendo la vida de nuestras aldeas. Solamente cabía lanzar la queja de unos interrogantes que nadie contestaba:

*¿Por qué, por qué, mundo mío,  
el de mi arribo aldeano,  
se va cegando tu fuente  
y quedan solos tus atrios?  
¿A quién le dirás tu alerta,  
campana del campanario?  
Mucho frío, frío y sombras  
del camino abandonado,  
comido de malas hierbas  
y de silencios extraños.  
Llanto de la niebla fría  
que va llorando, llorando,  
sobre un destino perdido,  
silencios de camposanto...  
Y tú, mi perla de vida,  
así te vas apagando,  
como un crimen sin castigo,  
sobre tu polvo aventado...*

Pero no, no debemos resignarnos ante un panorama en que todo parece enflaquecer y disolverse. No debemos admitir como definitiva esta dramática visión de "la aldea que muere"... El poeta no se resigna, porque ese grano de vida y salud que la muerte acecha germinará de nuevo, tiene que hacerlo. Por eso el mensaje de la aldea en su agonía cierta o presentida, tiene que ser un reto, una protesta, un grito de esperanza, como si presintiésemos la gloria reivindicada del salmo victorioso en nueva y más alta renovación... Esperanza de que nuevamente "los collados se ciñan de alegría, se vistan de rebaños las praderas, se cubran los valles de mieses, se lancen gritos de júbilo y se cante"...

*Porque yo no me enajeno  
de mi fe. Aquí descanso  
para soñar que algún día  
vendrán los nuevos milagros  
que esponjen los campos yertos  
y abran los surcos cerrados,*

*que así será cuando el hombre  
sepa que es negocio infausto  
tirar por la borda vida,  
vida que nos va faltando.*

Perdonad este triste desahogo que brotó de mi pluma, también de mi corazón, un día en que peregrinando por los montes de León contemplé, acongojado, cómo algunas de nuestras aldeas eran ya una especie de mudos y pálidos fantasmas, muecas solitarias en la agonía última de unos pueblos... Allí quedaban la fuente, cegada por la mala hierba y el espeso légamo, las callejuelas desiertas, las pallazas rotas mostrando los muñones y el espinazo de los armantes quebrados, sin sol el atrio de la iglesia, sin voz la dulce campana... Era un dolor, era como un destino absurdo, que una ley no escrita, que solamente es capaz de imponer una civilización tan loca y depredante como la que a veces nos asfixia, iba extendiendo como borrasca cegadora por nuestras montañas...

Pero no, hoy todavía, aquí, en el Valle Gordo, —en Omaña—, aunque cercado por el mal nuevo de la arrogante explosión tecnológica y materialista que todo lo quiere herir o profanar, se eleva y trasciende un pujo, un efuvio vital, una canción gozosa. Porque aquí, en Posada de Omaña, se rinde un tributo de cariño a dos de sus hijos preclaros, que han llevado y llevan por el mundo la genial reciedumbre que brota de unas raíces sagradas y terruñeras, siempre propicias para alumbrar frutos de vida en plenitud. Ellos son la gloriosa embajada que la aldea proyecta, como una luz gratificante, en medio de ese mundo donde el progreso es capaz, tantas veces, de negar toda idea de *verdadero progreso*.

Estas circunstancias tan proclives a crisis profundas y rápidas de disolución de valores tradicionales demandan con especial insistencia el que la voz viva de muchas de esas tradiciones, incluso en la palabra del anciano, se recoja, conserve y estudie; en la fonética, la música o modulación peculiar de la música del pueblo, sacra o profana; en la historia, las instituciones, los géneros de vida, los hombres y los prohombres de nuestras comarcas, los grandes valores, en suma, de una cultura del pueblo, sencilla y profunda, que brinda, al menos, la salud de la humildad y el equilibrio de lo natural. Por eso decimos que hay que escribir el LIBRO DE ORO DE OMAÑA. El mundo actual necesita mucho del frescor de vida del campo, de nuestros campos, con el ejemplo fértil del sudor de sus hijos, que tan ferazmente los regaron, porque en esa frescura natural y en ese sudor están los mensajes de una vida que tanto las demasías de la civilización presente se empeñan en destruir, burlando de paso a la propia ley natural.

Hay que escribir el "Libro de Omaña". Pocas comarcas como ésta ofrecen tantos recursos y testimonios, tanta materia, tanto argumento, para enriquecer una monografía de paisaje, pueblo y tierra, como esta de Omaña, tan pegada al corazón mismo de lo leonés, tan inefable en su casi mística serenidad... el reto se dirige principalmente a sus hijos, dotados admirablemente para ello, llamados a ello, acaso "obligados" a ello... Insistimos: hay materia abundante, en el paisaje, este paisaje de geografía recia, base y pie de sierra, sobre la que reinan los *Miros* agudos y oteadores o los formidables cuetos de Peñacefera, el Tambarón, Peñalarena, el Suspirón, una montaña entrañable, tan humanizada y discutida en viejos pleitos de señorío y aldea, que no sabemos por quién o por qué suspira; acaso porque en su culmen conmueven ráfagas inaprehensibles del aliento del Creador; acaso porque también la Omaña, que en íntimos escenarios domina, tuvo que suspirar muchas veces por agravios de la vida y de la suerte... ¿Y no sería porque la montaña-madre acogiese un día los mortales suspiros de un primer amor subyugante, como el que canta la copla aquí tan popular:

*"Tengo el corazón herido;  
no hay físico que lo cure,  
porque me lo hirió de muerte  
el primer amor que tuve"...*

Recorramos, una vez más, las amables sendas del Valle Gordo. Hagámoslo a la vera de su río, que es aquí un río adolescente, pleno de salud y evocaciones. ¡Qué lástima que tengamos que hacerlo tan rápidamente!... Aquí en estos rincones nos viene a la memoria aquella copla de nuestro cancionero, una copla que no puede comprender que las gentes de estos valles se ausenten y ni siquiera se mueran:

*"En este val prominente,  
en esta dulce ribera,  
dicen que muere la gente  
y morir se no debiera"...*

Canta el río con el murmullo de sus aguas, bravas a veces cuando el Tambarón se encrespa, pero casi siempre y cuando más falta hacen, serenas y regadoras, y en sus rápidos, senos y tabladas, el revuelo iridiscente de sus truchas, las más finas y sabrosas del mundo. Es el suyo, al decir de Luis Mateo en sus *Visiones del Valle Gordo* "un surco líquido como una mano de cristal vibrante que lleva el reflejo momentáneo de las hojas de los chopos, de los fresnos y la paleras", pero que lleva, sobre todo, el eco y contrapunto de tradiciones, leyendas y romances. Acaso nos cante en dulce semitono aquel de Mirabrina, la "omañesita de Omaña":

*"Non fuera moza subida,  
moza mocera de braña,  
que fuera la linda niña  
doncella bien doncellada.  
Fija de linajes claros  
y rica casa alhajada  
con piedras bien componidas,  
altas y flordelisadas.  
De puros gozos vestida,  
manteleta flormorada,  
corpiño verde de prado  
y ancho rodao de avellana.  
Erase en la fuente, risa  
do las aguas se prendaban,  
mayo de ronda florido,  
mañanita regalada..."*

Tal vez las brisas del río acogen el acento de una peculiar versión, en el Valle Gordo arraigada, del romance de Gerineldo, la Infantina y la Romera:



Viejo, abandonado y hermoso caserón del Barrio de la Puente.



**"Era el olvido injusto, la desolación que iba consumiéndose la vida de nuestras aldeas..."**  
**(Fotos Fernando Díez).**





*"Madrugaba Gerineldo  
mañanitas de San Juan,  
a dar agua a sus caballos  
a las orillas del mar"...*

O aquella otra canción deliciosa de la "Romera romerita" que tanto encendiera los amores del rey:

*"¿No sabéis, los pajes míos,  
que hoy he visto a una romera?  
Ni en los cielos ni en la tierra  
pueda haberla como ella.  
Id allá, los pajes míos,  
y traerme la romera,  
ni por oro ni por plata  
no me vengáis en sin ella.  
La encontrarán descansando  
debajo de una alameda.  
Dios la guarde, la Señora,  
Dios la guarde, la Romera"...*

También las aguas del río podrían contarnos la leyenda azul de Ntra. Sra. de Peñafurada y San Roque, que tienen su ermita en unos montes de Posada, Torrecillo y Vegapujín. Nos la cuenta, al igual que otras curiosidades de este Valle, Rosario María Fernández Fuentes en un artículo titulado "El Valle Gordo en Omañas", publicado en "Narria". Nos recuerda la tradición de aquella virgencita, cuya imagen encontraron unos pastores —siempre la Virgen y el pastor en nuestras evocaciones marianas y campesinas—, en una hornacina abierta en la roca que llaman Peñafurada. Las devotas gentes de dichos pueblos trajeron la imagen a Posada, pero sin que nadie supiera cómo la imagen desapareció de la iglesia para aparecer de nuevo en la peña. Así comprendieron los vecinos que era voluntad de la divina Señora se le diese culto en el montaraz paraje de su aparición, levantando una ermita junto a la famosa roca... Ya se han perdido, no seguramente en el recuerdo, muy antiguas costumbres relacionadas con esta ermita; se ha perdido su rica hacienda, se ha disuelto su cofradía; la casería, aneja, de la caridad y la asistencia al peregrino, se ha arruinado, pero se conserva la ermita con la solemnidad religiosa del 15 de agosto, víspera, a su vez, de otra solemnidad en honor de San Roque... Y si se han enfriado o desaparecido costumbres relacionadas con una tradición piadosa, popular y concejil, en los corazones de las gentes de Posada, Torrecillo y Vegapujín, sigue viva la luz de Ntra. Sra. de Peñafurada.

Otras leyendas siguen acariciando las aguas saltarinas del Omaña cuando corren y cantan por este regazo amable del Valle Gordo, como aquella de los "ñuberos" o "reñuberos", duendecillos del viento, hijos del tronco mítico de los astures, hermanos de los "ventolinos" y las "xanas". Estos "ñuberos", a quienes se atribuía un extraño poder para desencadenar tormentas devastadoras. Para conjurarlos, se tocaban las campanas antes del amanecer, y se hacía en los primeros viernes de marzo o mayo, cuando ya en el cielo se presentía la no lejana amenaza de los negros nubarrones. Juntamente con los conjuros a los espíritus malignos había que cristianizar el mito con la invocación a Santa Bárbara:

"Santa Bárbara bendita  
que en el cielo estás escrita  
con papel y agua bendita.  
Santa Bárbara doncella,  
libranos de la centella  
y del rayo mal airado  
y libranos si morimos  
en pecado"...

Hubo un tiempo lejanísimo en que la historia del Valle quedó oculta entre las nieblas de los orígenes. Allí se acunaban unos vagidos de vida social que irían, cómo no, en busca de la crónica; esa que aún quieren señalar los testimonios de los poblados de altura donde se asentaban las primitivas gentilidades de los castros astures, de los que Omaña ofrece una increíble cadena de fundaciones como aquellas que quiso y supo localizar el inolvidable P. César Morán en sus *Excursiones arqueológicas por tierras de León*. De esa gran cadena, que denuncia la recia troncalidad materna de las aldeas que conocemos, se desgajaron fuertes eslabones que dejaron su impronta en el Valle Gordo. Sería por Torrecillo, sería por Vegapujín, aquí con el teso de su disparatada leyenda áurea, pues que como tal existe en la entraña del teso-castro un "palacio" con todo su mueblaje de oro macizo. Dícese que quisieron los vecinos penetrar en su interior cavando para ello una gran fosa, hasta tropezar con unas puertas de bronce que no pudieron abrir. Intentaron forzarlas atando a una argolla que tenían una larga y gruesa cadena, de la que tirarían numerosas yuntas de bueyes, que consiguieron arrancar la argolla, pero no mover las puertas. Una avalancha de agua soltada desde unos prados altos arrastró tal cantidad de tierra que cegó por completo la profunda fosa, en la que si no la curiosidad malsana, si la ambición alucinada quedó, con la propia leyenda, sepultada para siempre.

En la parte más alta del teso se distinguen claramente los restos de un castro y desde él se divisa otro teso que llaman "Vicio-Castro"...

El oro era y es en el Valle Gordo una riqueza tentadora, pero imposible. Riqueza acaso más tangible para la explotación romana, siempre avara por nuestras montañas del preciado metal. "Ciertamente —nos dice Luis Mateo— los testigos de la voracidad dorada del invasor romano, las señales de una técnica rudimentaria y eficaz de la minería aurífera —que los romanos conocieron y tomaron de las *arruxiadas* astures— se detallan en los montes y se rememoran con facilidad en esas imágenes arqueológicas que tan palpablemente sugieren el potencial humano dilapidado", el tremendo laboreo de la servidumbre esclava. "Los *Cousos* y las *Formias* recuerdan dos generosos yacimientos en los dominios del Valle, que uno puede emparentar con otros muchos en estas montañas", como los famosos de *la Puebla* del Castillo, junto a la Vega de Arienza. Todavía es posible seguir el carril del agua para lavado y decantación del oro, como el que traza "una leve cicatriz" hacia el lavadero del teso de Rosales.

No sabemos si a este Valle le llaman "gordo" por la grosura y abundancia de sus bienes materiales; lo que sí sabemos es que es un valle pródigo. Rico, si no en oro, sí en aquella riqueza evangélica de quien aun recogiendo poco da siempre, y que es a la postre más rico que quien recogiendo mucho no da nada.

En el orden material la única riqueza asequible para los hijos del Valle y de la Omaña toda ha sido esencialmente la de su ganadería, en sus dos haciendas de ganado mayor, bovino, y menor, lanar y cabrío, amén de sus ricas patatas de siembra para exportación, las de este Valle, las ricas hortalizas y el cereal de trigo y centeno, todo en medida modesta para componer una economía bá-

sica autosuficiente. En esa base de sustentación de la economía familiar y aldeana están los aprovechamientos comunales, que son como una especie de fiel que nivela los medios y recursos y cura la herida de muchos quiebras e insuficiencias. Las características de este cuadro económico son comunes a otras muchas comarcas de nuestra geografía de monte y montaña. De otros cultivos tradicionales apenas quedan los nombres: Las lineares, los navares. Tampoco subsisten las industrias de la artesanía familiar y aldeana: La del lino y la lana en los rústicos telares de mano y pie —el escarpín, el paño de roble, las calzas enjutas, los anchos rodaos—; y la del hierro, para la fabricación de zunchos de bujes, ejes y rejas, y los instrumentos de mano del laboreo agrícola; de la madera —madreñas, husos y ruecas, el mueblaje casero y muchas cosas más—; del cuero para abarcas y polainas, acaso jubones, tal vez borceguíes para toda una vida... Nada de todo esto queda, nada compite, nada argumenta, cuando todo aún podría hacerlo, readaptado, si en España no nos empeñásemos en seguir siendo, con demasiada insensatez, un pueblo de malaventurados pródigos, que diría Joaquín Costa.

Simultáneamente, con la pérdida de peculiares artes de subsistencia y organización autárquicas, irían sucumbiendo tradiciones que parecían tan arraigadas como la uña a la carne y que eran la gracia, la sal y el encanto de la vida aldeana: En los concejos abiertos, en las fiestas de altar, de pueblo y juventud, en los deportes de canon riguroso y recia virilidad —los bolos de castro, las carreras de rosca y tornaboda, el tiro de barra, acaso el tiragarrote—; en los calechos y filandones, desafío sonriente al duro y crispado invierno, donde, según se ha dicho, “descansaba una memoria oral colectiva”.

Pero la grande, la inmensa riqueza de estos pueblos es la de sus hijos. Estos, por el número y la calidad, son los que de una manera elocuentísima dan a la Omaña el carácter de “comarca singular”... Los hijos estantes y los trashumantes, diremos empleando términos de un léxico pastoril que tan bien cuadra con el género de vida de estos Valles.

El omañés es fuerte, terciado, musculoso, madruga mucho, es rezador y longevo. El practica el bíblico proverbio, porque sabe que “la mano perezosa empobrece”. Administra lo poco con tal arte que lo poco y bien medido emana bienestar y equilibrio hasta el punto de que la Omaña no produce ricos ostentosos, pero tampoco pobres mendicantes, o simplemente hombres a quienes la miseria obliga a emigrar; pero emigran bastante y cuando lo hacen triunfan.

Las madres son ricas, inmensamente ricas, porque saben mucho de “facier, de sembrar e de guardar”, ricas de fe y de amor, receptivas, acogedoras. Si no administran gran hacienda, sí saben estar siempre en la “facienda”, “cuiciosas”, y por ello la hacienda modesta, en sus manos, resulta una especie de hontanar inexahusto, una bien aliñada despensa...

Gentes de altura, porque viven en lo alto y saben que hay un cielo que casi a la mano les queda. Gentes de “bienfetría” natural, de concejo libre y luchador contra el “pecho” injusto y humillante como aquel “pan del cuarto” que impusieron los soberbios Condes de Luna.

El concejo omañés constituye uno de los capítulos más ejemplares del Libro de Oro de Omaña que habrá de escribirse algún día. Aquellos concejos generales de Paredes, de Omaña, los Trasversales, la Lomba de Campestredo y Villamor de Riello, que tuvieron, según consta en las reales ejecutorias de Lacia, privilegios dados por Alfonso el Sabio... Y dentro de los concejos generales o magnos, los de sus aldeas, que eran abiertos y practicaban una democracia natural, es decir, una democracia nacida no de ley extraña, que casi nunca fue comprensiva ni justa, sino hija de ese impulso de ley natural que brota en la vecindad con la misma espontaneidad con que brotan las flores del campo y las rosas del rosal...

Esos concejos de aldea que tenían lugar en los atrios de las iglesias, después de la misa dominguera, convocados a campana bien tañida, arrepicada. En el concejo todo era sencillo y solemne, bien medido y, a veces, bien refido; la palabra, clara y breve, nacida del pueblo, y, para decirla, las cabezas desbonetadas y el talante comedido. Se aplicaban correctamente las ordenanzas y se guar-

daban escrupulosamente los usos y las costumbres; ya en las veceras de los ganados que habían de seguir puntualmente los diestros y apacentar, según los tiempos previstos, por los cotos boyales, las devesas, las derrotas o los entrepanes; se prevenían las facenderas para refacción de caminos, puentes y fuentes; se ordenaba el reparto de suertes de hierba, como en el Fasgarón de Murias, o de leña en las matas del pueblo; se convocaban las monterías o el “correr de lobos”; se imponía el respeto a los límites y términos de faceras y mancomunidades; se conocían y en concejo se juzgaban las pesquisas, los daños, las penas y las prendas, y, en fin, se consumía el vino penal, es decir, el de las buenas azumbres justicieras, que se guardaba en la taberna del concejo... No se olvidaba nunca la asistencia al pobre peregrino que tenía como enseña el “palo del pobre”. Todo lo que al buen orden de la aldea importaba se atendía y regulaba en concejo... El concejo abierto de estos valles fue —y ya lo es menos— una gloriosa institución que nutre un capítulo muy jugoso y aleccionador de la historia de su vivir aldeano y comunal.

Hemos hablado de los hijos de Omaña, de los que aquí nacieron y aquí se quedaron y que son los que marcan el ritmo y equilibrio de su vida, los que están junto a la fuente y son fuente. Pero hay que hacerlo también de los que se fueron y frecuentemente triunfaron, en la Administración, el comercio o la industria, en España y en América, y hay que hablar hoy, sobre todo, de los que dieron y dan brillo al mundo de la alta cultura, como éstos a quienes rodea el halago, la admiración y el homenaje popular de sus gentes de la Omaña; que si lejos, por unos caminos o por otros, nunca alejaron de su recuerdo ni de su corazón estas cosas entrañables que ahora, tan breve y pobremente, hemos querido, en su honor, evocar. Como no alejaron la sagrada memoria paterna del hogar, donde la madre, sobre todo, era el centro, el amor y la bendición.

Hace un par de años interveníamos en una solemnidad semejante cuando los pueblos del antiguo concejo de Villamor de Riello, por merecimientos que todos conocéis, rendían un tributo de gratitud y admiración a un omañés ilustre: Don Vicente Flórez de Quiñones y Tomé. Recordábamos entonces a grandes hombres de Omaña, algunos para los que la historia quiso incluso sentirse pequeña y hubo que recurrir a la aureola legendaria para medir su dimensión heroica, como aquel joven señor del Castillo de Benal, don Ares de Omaña, cuya vida y trágica muerte giran envueltas en brumas doradas de leyenda y romance... Sin olvidar las algaradas de Don Rodrigo de Ordás y otros “homes poderosos” levantando la voz rebelde del Conde de Gijón contra el Rey su hermano, D. Juan I de Castilla, hasta sufrir durísima derrota a manos del espléndido caballero Don Arias Alvarez de Omaña, que con sus leales de Omaña, las Babias, Luna y Laciana, mantuvo firme la causa del Rey...

Recordábamos, de tiempos más recientes, al famoso helenista, Rector de la Universidad Central, Dr. Lázaro Bardón y Gómez de Inicio, del que tenemos una preciosa síntesis biográfica debida a la docta pluma de otro gran helenista, el profesor, paisano nuestro, Manuel de Rabanal, y ya, más de nuestros días, al andariego monje de S. Agustín, P. César Morán, arqueólogo, historiador y folclorista; al P. Rubio, también agustino, del Valle Gordo, una potencia dentro y fuera de la universidad americana, como con buen fundamento se ha dicho, que gustó en llamarse un día “Rubín de la Calzada” y escribir una deliciosa novela picaresca titulada *Peralvillo de Omaña*; también del Valle Gordo aquel soldado heroico y laureado en Filipinas, hijo de un liberalismo romántico, que fue el General Segundo García... No olvidábamos en aquella ocasión y traemos a la presente que Omaña ha sido una tierra de dómines, y citábamos a Cancio, el más famoso, que enseñaba desde su cátedra de Vegarienza un recio latín ciceroniano y metía las conjugaciones en el caletre de sus alumnos a palmetazo limpio, personaje del que podrían decirnos mucho los Padres Rubio, los hermanos de nuestro homenaje... Y ya de hoy, citábamos a estos preclaros omañeses los Padres Luciano y Samuel; al profesor de la Complutense de Madrid, Olegario García de la Fuente, de Torrecillo, filólogo, especialista en ciencias bíblicas; al P. Rafael Pérez, de las Omañas, teólogo eminente; añadamos al Padre

Samuel Rubio —junior—, gran musicólogo, que sigue la preciosa huella de su primo y no olvidemos a Fernández Jolis, fervoroso cantor de sus montañas de Murias. Todos éstos, y otros que lamentamos no recordar, deberán tener un puesto destacado en el Libro de Oro que propugnamos.

Y así llegamos, queridos amigos, a la médula del acto que con tanta justicia habéis querido organizar los Concejos de Omaña y que merece el más caluroso aplauso. Sabéis bien y sentís la honra y el nombre que la Omaña toda debe a estos vuestros paisanos exímios. Pero acaso os agrade recordar ahora con más detalle cuáles son los excepcionales niveles que alcanza su personalidad, según la información breve, pero fiel, que poseemos. Tanto el P. Luciano Rubio Calzón como su hermano el P. Samuel nacieron en Posada de Omaña, en 1909 y 1912, respectivamente. Ambos aprendieron las primeras letras en la escuela del pueblo y estudiaron los primeros cursos de latín en la preceptoría de Vegarienza. Ingresaron en el noviciado agustiniano: Luciano en Santiago de Uclés y Samuel en Leganés. Ambos se sintieron atraídos por la que el P. Portalié llamara “la acción fascinadora de S. Agustín”, el inmenso “Doctor de la Gracia”, pródigo sembrador de vocaciones agustinianas en nuestras montañas... Ambos regentaron la famosa Biblioteca del Real Monasterio de El Escorial, del que el P. Luciano fue Prior. Por su parte, el P. Samuel fue superior del Colegio-Seminario de Salamanca y del Colegio Mayor “Elías Ahuja” de Madrid...

El P. Luciano cursó Filosofía y Letras, con la especialidad de lenguas semíticas, en la Universidad de Madrid, obteniendo el grado de Doctor con Premio Extraordinario. Ha sido director de la revista “La Ciudad de Dios”. En 1952 fue elegido Prior provincial de la Provincia agustiniana Matritense del Sagrado Corazón de Jesús, y en junio de 1959 fue nombrado Asistente General de la Orden, para ser elevado, en septiembre del mismo año, al cargo supremo de Prior General de la misma Orden agustiniana, cargo que ejerció hasta el mes de agosto de 1965.

Durante la preparación del Concilio Vaticano II fue miembro de la Comisión de Misiones y, durante la celebración del mismo, Padre Conciliar. En 1940 fue condecorado por Muley Hassan, Jalifa de la Zona del Protectorado de España en Marruecos con el grado de Oficial de la Orden de la Mendawiya. En junio de 1964 fue distinguido con el grado de “Doctor Honoris Causa” en Derecho por el Merrimack College de Massachusetts (U. S. A.), y también “Honoris Causa” por la Universidad de Santo Tomás de Villanova de Filadelfia (U. S. A.).

Es autor de numerosos artículos, monografías y libros sobre diversas materias, pero vamos a referirnos a algunos especialmente: *Lubab-al-Muhassal fi usul al-din* (Médula de la suma teológica titulada Compendio-trabajo de teología musulmana) de Abenjaldún, cuyo texto árabe se publicó en Tetuán en 1952; *Abenjaldún, su pensamiento fundamental, su originalidad, su teoría de la causalidad y su formación intelectual*, en “La Ciudad de Dios”, 1971; *La causalidad según los teólogos especulativos del Islam*, serie de artículos comenzados a publicar en “La Ciudad de Dios” en 1976; *Una controversia del siglo XIII sobre el valor de la prueba de la existencia del Ser necesario*, en “La Ciudad de Dios”, 1951-1952; varios estudios más sobre el Real Monasterio de El Escorial, la Batalla de San Quintín, etc., etc.

El P. Samuel es un musicólogo insigne de prestigio internacional. Estudió la carrera de música en el Conservatorio de Madrid y obtuvo el Magisterio en Canto Gregoriano y el Doctorado de Musicología en el Instituto Pontificio de Música Sacra de Roma. Perfeccionó estos estudios en Solesmes (Francia), Ratisbona (Alemania), Montserrat y Silos. Ha sido muchos años Maestro de Capilla del Monasterio del Escorial y Organista de su Real Basílica. Es catedrático de Musicología, el primero de España, del Real Conservatorio Superior de Música de Madrid; es Presidente de la Sociedad Española de Musicología, ha pronunciado conferencias y dirigido cursillos en numerosas ciudades españolas y extranjeras. Su Majestad Don Juan Carlos le ha concedido la “Medalla de Oro al Mérito en las Bellas Artes”.

Ha escrito innumerables artículos en revistas de música y publicado muchos libros, de los que vamos a destacar algunos: *La polifonía clásica*, Real Monasterio de El Escorial, 1956, (dos ediciones, traducido al inglés); *Cristóbal de Morales. Estudio crítico de su polifonía*, 1969; *Antología polifónica sacra. Autores españoles del siglo XVI* (dos tomos), 1956; *Canciones espirituales polifónicas. Autores españoles de los siglos XV al XVII, ambos inclusive* (dos tomos); *Sonatas para instrumentos de tecla del P. Antonio Soler* (7 volúmenes), Unión Musical española, 1957-1972; *Tomás Luis de Victoria. Motetes*. Edición crítica, (4 volúmenes, mismo editor), 1954; *Estudio y edición crítica de Hymni ac Magnificat*, de Juan Navarro, Roma 1590, etc. etc.

Bien se comprende, queridas gentes de Omaña, que estén llenos de gozo vuestros corazones; poseáis un tesoro que exulta riquezas inefables en vuestros paisanos preclaros... Bien podemos exclamar con el salmista:

*"Salte de júbilo el campo  
y cuanto hay en él". Co-  
rónense de gloria vues-  
tras montañas. "Bata pal-  
mas vuestro río".*